

**JUEVES SANTO: IN COENA DOMINI** (Valencia, 2015)

Muy queridos hermanos sacerdotes, personas consagradas, amados todos, hermanos y hermanas en el Señor: Un año más, con fe y adoración agradecida, celebramos la Cena del Señor en el Jueves Santo, día del amor de Cristo llevado hasta el extremo, día de la Eucaristía, día del sacerdocio. Hoy se nos ofrece una ocasión excelente para tomar conciencia del tesoro inagotable que Cristo ha confiado a la Iglesia, en aquella cena última que precedió a su Pasión redentora. Jueves Santo para vivir de manera particularmente intensa el Misterio de nuestra fe. Este día constituye para todos un estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor.

Hemos escuchado, en san Pablo, lo que él ha recibido como tradición "que procede del Señor", en la que nos narra la institución de la Eucaristía por Cristo "la noche en que iba a ser entregado". Después, en el Evangelio, hemos oído al evangelista Juan que nos cuenta lo que sucedió aquella noche, antes de la cena: el lavatorio de los pies, por parte de Jesús a sus discípulos, que resume toda la vida del que ha venido a servir y dar su vida en rescate por muchos en su Cuerpo entregado por los hombres y en su sangre derramada para el perdón de los pecados.

La Eucaristía, misterio de fe por excelencia y misterio primordial de luz, "gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina" (MND 11), es el mismo Cristo en persona, es el misterio de su presencia "real" por antonomasia: "Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre" y realiza, así, su promesa de estar con nosotros hasta el fin del mundo. Esta es la certeza de nuestra fe que nos pide que "ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo" (MND 16), el Hijo único de Dios vivo que se encarnó en el seno virginal de Santa María por obra y gracia del Espíritu Santo, en tiempo del emperador Augusto, vivió en el ocultamiento de Nazaret y trabajó con manos de hombre y quiso con corazón de hombre, pasó haciendo el bien y curando, y, amando a los suyos hasta el extremo, murió crucificado en tiempo de Poncio Pilato, resucitado, está glorioso a la derecha del Padre, con las llagas y costado abierto de su Cuerpo intercediendo como Sacerdote eterno por nosotros los hombres y por nuestra salvación.

"La Eucaristía no recuerda un simple hecho; ¡recuerda a Él!" (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes en Jueves Santo 2005, 5); en ella se hace Él presente. ¡Qué maravilla de misericordia de Dios para con nosotros, verdadero "prodigio que sólo los ojos de la fe pueden percibir. Los elementos naturales no pierden sus características externas, ya que las especies siguen siendo las del pan y las del vino; pero su sustancia,

por el poder de las palabras de Cristo y la acción del Espíritu Santo, se convierte en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso, sobre el altar está presente 'verdadera, real, sustancialmente' Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad" (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes ... 2005, 6).

Por eso, en este convite que el Señor nos hace en su Iglesia -"tomad y comed, tomad y bebed"- como verdadero y sagrado banquete, definitivo y decisivo, se nos da a comer como alimento de vida eterna y plena el propio Cuerpo de Cristo, su carne, y se nos da a beber su propia sangre como bebida de salvación. Así entramos en comunión con Cristo, nos hacemos uno con Él, y, en Él y por Él, con el Padre. "Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. 'Permaneced en mí y yo en vosotros'. Esta relación de íntima y recíproca 'permanencia' nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia el designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el 'hambre' de su Palabra, un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para 'saciarlos' de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo" (MND 19).

¿Qué fuerza y qué profundo mensaje de esperanza tiene esto para el momento presente, árido y duro, que atravesamos! En un mundo como el nuestro, en que el hombre trata de prescindir de Dios y saciarse de bienes efímeros como el bienestar a toda costa, el disfrute como criterio supremo, el dinero como solución y panacea para todo, y tantos "panes terrenos", el hombre parece porque le falta el Pan vivo de Dios, la Carne, la persona, de Cristo que sólo puede saciarse. El hombre se rompe, la humanidad se quiebra por pretender vivir sólo de esos panes que no llenan. Sólo Dios sacia, sólo Cristo en persona llena; sin Él, además, nada podemos; sin Él no daremos frutos abundantes de verdadera humanidad, como Dios la quiere: justa, pacífica, misericordiosa, compasiva, capaz de amar sin límite y de perdonar, de decir la verdad, de defender la vida, con la libertad de los hijos de Dios, basada en la verdad que se realiza en el amor. Necesitamos de la Eucaristía, queridos hermanos; necesitamos permanecer en Cristo, para que su vida esté en nosotros; necesitamos que Él viva en nosotros, que Él sea nuestra vida, como Pablo, y que todo lo consideremos pérdida y basura comparado con Cristo.

¡Esto sí que cambia el mundo! ¡Esto sí que es un verdadero cambio con futuro para el hombre! ¡El futuro está en la Eucaristía, porque Cristo es el único futuro! "no sólo centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él, 'es el fin de la historia humana, punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones'" (MND 6).

Daos cuenta de lo que os digo y de la seriedad que esto entraña: Sin la Eucaristía no somos cristianos, ni

permaneceremos cristianos. Sólo una Iglesia fuertemente eucarística, sólo unos fieles cristianos que se alimenten de la Eucaristía, que vivan de la Eucaristía, es decir, de Cristo y permanezcan en Él, unidos a Él, será una Iglesia y unos cristianos vivos y valientes con capacidad para aportar lo verdaderamente importante de verdad, de amor, de libertad, de paz, de defensa del hombre y de su dignidad, de humanidad, de Dios, en definitiva, que es lo que necesita este mundo que languidece, perece y muere precisamente sin Dios. "En el sacramento de la Eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina" (TMA, 55), que es la que el hombre necesita para vivir.

Hagamos, pues, de nuestras comunidades, de nuestra diócesis, de nuestras parroquias, de nuestros fieles, de los sacerdotes y personas consagradas, de todos en suma, una Iglesia que vive de la Eucaristía. Una Iglesia comunión, misterio de comunión, porque, en efecto, "en el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la oración sacerdotal: Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado" (MND 20). La celebración de la Eucaristía siempre, particularmente la del Jueves Santo, invita a que seamos una sólo Iglesia con un sólo corazón y una sola alma. Esta unidad es absolutamente necesaria e imprescindible en estos momentos, nada menos que para que el mundo crea. Es muy decisivo para este mundo, para esta sociedad nuestra que pretende ser dominada por un laicismo ideológico rampante, el que en la Iglesia seamos uno, para que el mundo crea. No nos quejemos de lo que hay a nuestro alrededor y vayamos a nosotros mismos, a esa unidad y comunión eclesial, cuya fuente es la Eucaristía.

Ante la preocupación por la vitalidad de la Iglesia en España, y atentos a los problemas y expectativas de los fieles en esta situación, todos -pastores y fieles, personas consagradas y laicos- nos sentimos "interpelados a permanecer unidos para hacer más palpable la presencia del Señor entre los hombres..Para ello es primordial conservar y acrecentar el don de la unidad que Jesús pidió para sus discípulos al Padre. En cada lugar, en cada diócesis, estamos llamados a vivir y dar testimonio de la unidad querida por Cristo para su Iglesia. Por otra parte, la diversidad de pueblos, con sus culturas y tradiciones, lejos de amenazar esta unidad, ha de enriquecerla desde su fe común. Y, de manera especial Obispos y sacerdotes, en cuantos sucesores de los Apóstoles, tenemos que esforzarnos en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Por eso os quiero recordar que en la transición histórica que estamos viviendo debemos cumplir una misión comprometida: hacer de la Iglesia el lugar donde se viva y la escuela donde se enseñe el misterio del amor divino. ¿Cómo será posible esto sin descubrir una auténtica espiritualidad de comunión? válida para todas las personas y en todos los momentos (Cf Juan Pablo

11, Discurso a los Obispos españoles en la Visita ad Limina, 2005, 5). Comunión y espiritualidad que brotan de la Eucaristía.

Una unidad sin fisuras e inquebrantable de los cristianos; "como una piña". Así, como una piña, hemos de estar los cristianos en España en estos momentos; no en una posición numantina, cerrada y acurrucada, sino en una comunión viva, en una unidad que es expresión del amor expansivo, abierto, de mano tendida, hecha para el perdón, la ayuda y el servicio, pero una unidad firme en la verdad. No estamos suficientemente unidos. Es así. Reconozcámoslo: tantas opiniones sobre la fe y la moral, tantos grupos y tendencias en la Iglesia, que parece como desgarrada o hecha jirones; a veces los mismos pastores y las personas consagradas no damos suficiente ejemplo a los fieles cristianos; cuánta división en nuestra sociedad española, que es sustancial y mayoritariamente católica, no sólo la división mayor o menor de los pueblos de España, cuya unidad secular amenaza, sino la división por tantos enfrentamientos actuales o por el reabrimiento de heridas y divisiones pasadas que nos conducen a la quiebra. España necesita unidad, nuestra Iglesia necesita unidad. Por ello necesitamos de manera urgente y apremiante centrarnos más y más, vivir en toda su verdad el sacramento de la Eucaristía, sacramento de unidad, vínculo de caridad. Es preciso que se revitalice en todo el pueblo cristiano el sentido eucarístico, la fe eucarística, la adoración del Sacramento del Altar, y sobre todo, la participación, activa, consciente, fructuosa, en toda verdad y con todas sus consecuencias, en la Eucaristía dominical. Se ha descuidado mucho, muchísimo, la Eucaristía dominical: entre nosotros no se alcanza el 20 % de los bautizados. Esto no puede dejarnos tranquilos. y no puede dejarnos tranquilos, además de otras valiosas e importantes razones, porque esto daña en el amor a nuestros hermanos, llamados a creer en Jesucristo, que es con mucho lo más decisivo e importante para el hombre. Hagamos, en consecuencia, todos, sin excluirse nadie, "un especial esfuerzo por redescubrir y vivir plenamente el Domingo como día del Señor y día de la Iglesia" (MND 23), como día de la Eucaristía.

No olvidemos, queridos hermanos y hermanas, que la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura" en un "proyecto" de vida y de sociedad, que "aparece ya en el sentido mismo de la palabra 'eucaristía': acción de gracias. En Jesús, en su sacrificio, en su 'sí' incondicional a la voluntad del Padre, está el 'sí', el 'gracias', el 'amén, de toda la humanidad. La Iglesia está llamada a recordar a los hombres esta gran verdad. Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre. Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive -en la familia, la escuela la fábrica y en las diversas condiciones de vida-, significa, además, testimoniar que la realidad humana no se justifica sin referencia al Creador: 'Sin el Creador la criatura se diluye'. Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo 'dar gracias' justamente a una actitud eucarística- por todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas, sino que las sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites" (MND 26).

Por eso que nadie tema que por parte de la Iglesia y de la fe cristiana, que se hacen y se alimentan, que crecen y viven por la Eucaristía, ninguna amenaza a la justa autonomía de lo terreno y a la justa y sana laicidad. Pero, precisamente por servicio al mundo a los hombres y a su propio desarrollo, nunca podremos ni deberemos dejar de ser consecuentes con la presencia de Cristo en el mundo que entraña la Eucaristía; por ello no podemos someternos a una "mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública" (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos .. 2005, 4). Esto, además, de no formar "parte de la tradición española más noble, pues la impronta que la fe católica ha dejado en la vida y cultura de los españoles es muy profunda para que se ceda a la tentación de silenciarla", es que contradice el misterio de la fe, es decir, el misterio de la Eucaristía, centro de nuestra vida, que es presencia salvadora de Cristo en la historia que afecta al hombre entero, a lo que es fundamental en su vida, a todo lo que es la vida del hombre, entre otros aspectos a su libertad, más aún a la libertad religiosa, que cuando se cercena, priva al hombre de algo fundamental. Siempre la Eucaristía, desde los primeros momentos, fue signo de esa libertad, de una 'cultura de libertad', y de *ese* afectar a todo lo humano en sus dimensiones más fundamentales, por ser presencia real y viva del Salvador y Redentor, y participación en ella.

En este tiempo, los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La 'cultura de la Eucaristía' promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la auténtica autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede fomentar incluso actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, esto no se debe a las raíces cristianas <-que siempre son y serán eucarísticas>-, sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces <-con la Eucaristía>-. Quien aprende a decir 'gracias' como lo hizo Cristo en la Cruz, podrá ser un mártir, pero nunca un torturador" (NMD, 26).

En la Eucaristía, Sacramento del Amor de los amores, está todo el amor y brota todo amor que se expresa, entre otros modos, en diversas e imaginativas formas de solidaridad para toda la humanidad. "El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser promotor de comunión, de paz, y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerante de nuestro mundo, que sufre tanto con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como una gran escuela de paz, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artífices de diálogo y comunión" (MND 27) .

Así mismo, de la Eucaristía brota una llamada y un fuerte "impulso para un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio. ¿Por qué, pues, no hacer de este nuestro tiempo un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes, la persecución de los cristianos en tantas países..Se trata de males que, sin bien en diversa medida afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo **y**, en particular, a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo. En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas" (MND 28). Este modo de ser eucarístico y esta forma de vivir sirviendo que entraña la Eucaristía, memorial de la pasión de Cristo que nos amó hasta el extremo y de la gloriosa resurrección suya que nos trae la vida nueva en el amor. Para esta nueva vida de amor experimentamos la necesidad de la adoración eucarística.

Que Dios conceda vivir con toda intensidad el misterio de la fe, el misterio de la Eucaristía, donde se nos da la prenda de lo gloria futura y sustenta y fortalece nuestra esperanza.